

Capítulo 10 - La tierra de caminos rotos

A pesar de la placentera larga inmersión en el baño y de sudar toda su miedo, Dirt encontraba difícil concentrarse en la lectura. Estaba demasiado nervioso, tras la mañana que había tenido. Aún podía sentir esa sensación de caída cuando se quedaba muy quieto, aunque quizás solo era su imaginación.

Lo que también dificultaba su concentración era lo mucho que el material empezaba a parecerle familiar. A medida que avanzaba más allá del manual mágico, se topaba con un nuevo signo o hechizo y asentía, reconociéndolo al instante. Recordaba cómo interactuaba con otros signos, aunque la mitad de esas relaciones aún no las había visto y no podía recordarlas.

Lo que mejor funcionaba era fingir que no sabía nada y estudiar cada nuevo signo como si fuera la primera vez. Y si imaginaba combinaciones para crear un hechizo nuevo, solo usaba las cosas que ya conocía. Esa lista iba creciendo, y ya tenía un buen comienzo. Pero el problema era que muchas de las descripciones parecían incompletas o simplemente incorrectas, y tenía que replantearse todo una y otra vez.

Por ejemplo, el signo para la madera, que tenía muy claro. Era parte de la palabra que las dríadas le habían enseñado, y la había usado para darle forma a la madera muchas veces. En un texto sobre alquimia, el autor pensaba que significaba el color verde. En otro texto, lo etiquetaban como “hacer sólido”, y en otro como “suavidad”.

Avitus estaba seguro de que el último hechizo nunca funcionaría. Reconoció el nombre del autor como alguien a quien siempre había despreciado. Y con razón, parecía. Había muchos así—hechizos que no creía que funcionaran. Sus efectos eran siempre demasiado sutiles para detectar de inmediato, como hacer la cosecha más abundante o aumentar el atractivo frente al sexo opuesto. Un hechizo para encender una lámpara, en cambio, debía funcionar rápidamente o todo el mundo lo notaría. Pero, ¿y uno para desviar la atención de los ladrones? ¿Cómo mediría su efectividad?

Ya entrada la tarde, el hambre lo llevó a salir de la biblioteca y buscar una dríada. Para entonces, ya había memorizado otros veinte signos, contando solo los que confiaba. Además, tenía diez más que anotó cuidadosamente, porque aunque sus descripciones eran muchas veces contradictorias, parecían importantes.

Al caminar por el pasillo en su camino afuera, la schola parecía muerta, como una tumba, incluso con sus luces y brasas que le daban vida. El silencio opresivo del bosque seguía penetrando y, sin dríadas vigilando cada movimiento, todo el lugar se volvía insoportablemente solitario.

Ya echaba de menos a Socks. No se habían separado en meses, no desde algunas veces en Ogena. El cachorro no estaría feliz de estar tanto tiempo sentado leyendo, pero seguramente aprendería a comunicarse con el elemental de inmediato.

Después de todo, Socks tenía una ventana al mundo de la magia que el cuerpo de Dirt no poseía. Una visión tenue y brumosa, como por un ojo mayormente cerrado, pero una visión al fin. Para Dirt, el mundo mágico era mucho más oscuro. Era como cuando primero habló con los árboles enviándoles la sensación que causaba al sentarse en sus raíces, junto con un saludo. No lograban comprender exactamente qué ocurría; solo tenían la sensación de que estaban tocando algo. Era parecido a eso. Y el cerebro de Dirt no era lo suficientemente grande como para crear una dríada mágica para explorar en ese mundo, ni siquiera sabía por dónde empezar.

Entonces, sellos y conjuros, eso era. Formas, sombras y pistas, como intentar comunicarse observando a alguien rascar del otro lado del papel que sostenías. Al menos, no necesitaba todos esos pequeños instrumentos que usaban los humanos. No varitas, ni gemas, ni cánticos. Nada de eso.

El hogar había dejado a su duende esperando en el jardín de la academia, sentado en un banco de piedra junto a una estatua sucia de una mujer desnuda con un brazo extendido hacia el cielo. Su duende permanecía inmóvil y sus ojos no se movían cuando él se quedó frente a ella.

Aún así, valía la pena intentarlo, ya que tenía hambre. "¿Hogar?" preguntó. "¿Puedes oírme?"

Ella reaccionó, afortunadamente, pero solo animó su rostro, lo cual Dirt encontró divertido. Los pobres árboles deben estar realmente ocupados. No sintió que fuera su culpa, sin embargo.

"¿Puedo pedir un poco de savia?"

Hogar levantó un brazo, que crujió como si fuera madera doblándose, y apareció un gran glóbulo de savia en su palma. Dirt lo tomó y dijo, "¡Gracias!" Ella dejó su brazo en alto y su mirada dejó de seguirlo.

Se acercó al pequeño lavabo y bebió un poco del agua pura que llenaba el recipiente para limpiar la savia. Cuando se puso de pie, un viento frío atravesó las helechas, llenando el bosque silencioso con su suave sonido. Era un sonido tan natural en otros lugares, pero aquí resultaba intruso. Dirt metió las manos en los bolsillos y se acurrucó contra la helada, contento de tener ropa puesta. El ritmo siempre familiar de la magia arbórea temblaba en la piedra bajo sus pies, y después de solo cuatro pulsos lentos, el viento se detuvo de repente y el área volvió a quedar en silencio.

Dirt miró a través de su recipiente de maná y solo pudo captar fragmentos de la gran y sutil obra de magia que lo rodeaba. Patrón poco visibles de hechizos más grandes y complejos que él no podía medir, flotaban a su alrededor, iluminándose tenuemente en su percepción, como telas flotantes. Sin embargo, reconocía partes. Viento, aire, agua y otros, en espirales de perfección geométrica.

Volvió a mirar el agua en el lavabo. Sabía cómo moldear la madera, ¿verdad? ¿Qué pasaría si reemplazaba los sellos por madera y crecimiento y los sustituyera por agua? Manteniendo todo lo

demás igual.

La palabra para moldear madera no podía hacerla volar, así que Avitus decidió hacer que el agua se mantuviera erguida, como un pequeño pilar. Quizá toda ella, en posición vertical como un largo y grueso poste. Una cascada hacia atrás.

Avitus sostuvo las manos sobre el lavabo, visualizó claramente la forma en su mente y realizó el hechizo. La superficie del agua onduló hasta que surgió un bulto en el centro. Le suministró más y más maná, pero no sirvió de mucho. El agua era demasiado resbaladiza y no quería mantener su lugar. Aprendió que no podía moldearla en secciones, todo debía hacerse de una vez.

Pero ayudaba si moldeaba algunas secciones con más fuerza, como el exterior. Entonces, sujetaba el agua en su interior. Y en lugar de elevar el agua para darle forma, tenía que presionar otra agua hacia abajo, y entonces esta se elevaba donde quería.

Ajustaba el hechizo con cada uso, eliminando las partes inútiles. El agua no podía crecer, al menos no usando este método, así que las partes del hechizo relacionadas con el crecimiento y la destrucción debían eliminarse. Y no había comunicación, como con una planta viva, así que un gran trozo del hechizo quedaba sin efecto. Todavía no conocía ninguno de los sellos en esa parte, lo cual era una pena, porque quizás podrían ayudar al hablar con elementales.

Añadió otras cosas a esto, una de las cuales él había aprendido del elemental: la aplicación constante de fuerza. Pero tras unos intentos más, la eliminó nuevamente. Alimentar el agua con un flujo constante de maná tenía el mismo efecto.

No, menos era mejor. Redujo aún más el hechizo. Todo aquello que pensara que no estuviera activo o que no funcionara en el agua, tenía que desaparecer. Más de una vez, el agua rechazó su magia y se desplomó, volviendo a la pila. Pero él siguió trabajando en ello, ajustando la forma del hechizo y los símbolos que lo componían.

Lo redujo a solo cinco símbolos completos, dispuestos en torno a un círculo equilibrado. Perfecto en su sencillez, pero poniendo la mayor parte del trabajo en él mismo y requiriendo una concentración seria. Sentía como si intentara soñar en voz alta, con cuánta intensidad debía imaginar lo que quería que sucediera.

Pero funcionó. Podía jugar con el agua como quisiera. Avitus tocó el borde de la pila con un dedo y extrajo un hilo de líquido que se quedó pegado a su punta cuando lo giró en el aire. Luego, formó una esfera con ambas manos y la sostuvo en equilibrio, observando cómo su superficie temblaba y se ondulaba. Tiró de la esfera con las yemas de sus dedos, y se estiró como intestino.

Esto era lo más cerca que había llegado a mover objetos con la mente. ¡Ojalá Socks estuviera aquí! Él...

El agua volvió a saltar en la pila cuando se quedó paralizado, con los ojos muy abiertos. Había visto a Socks mover cosas con la mente miles de veces, pero él mismo nunca había podido hacerlo, y ninguno de los dos lograba entender por qué.

Era tan simple. Tan obvio. Antes, imposible, incluso en ese preciso momento. ¡No necesitaba el hechizo en absoluto! Los símbolos solo servían para cosas complicadas, como procesos, procedimientos y hechizos. Pero para algo tan sencillo, no eran necesarios. El poder ya estaba allí. Solo tenía que quitar el filtro y ejercer su voluntad directamente.

Los dedos de Avitus temblaron mientras los mantenía sobre el agua nuevamente. Estaba en un filo más afilado que su propia navaja. Si intentaba y fallaba ahora, quizás nunca pudiera lograrlo de nuevo. Pero si tenía éxito... ¡si lograba tener éxito!

Muévete, ordenó al agua con un pensamiento. La mana dentro de él no se movió. Tampoco el agua. Tragó el pánico que le seguía, esa idea de que quizás lo había arruinado, que su fracaso había sembrado la duda y que nunca funcionaría.

Desprecia esas ideas y fortalece su mente. Disciplina y sinceridad, recordaba. Esa era su verdadera fuerza, y necesitaba mucho de ambas para esto. Había sido demasiado apresurado. La próxima vez.

Avitus se apartó de todo aquello que no formaba parte de la tarea en la que se concentraba. Domina cada rincón de su ser, silenciando incluso el flujo constante de imágenes en los recovecos más profundos de su pensamiento.

Intentó de nuevo. Moverse. Esforzó su voluntad, ejerciéndola con toda su intensidad. El agua permaneció inmóvil.

Él y Socks habían combinado sus conciencias innumerables veces. Había visto al cachorro mover cosas con la mente, siempre con tal facilidad que ninguno de los dos lograba siquiera encontrar un mecanismo para que Dirt practicara y aprendiera. Socks simplemente lo hacía.

Avitus ya tenía todo en su lugar. Conocía su cuerpo de mana, estaba familiarizado con él y con cómo funcionaba. Conocía su propia mente, cómo enfocar su voluntad. Y había rozado el infinito mundo de poder que se encontraba justo más allá de su percepción. Solo necesitaba dirigir su voluntad y el poder obedecería.

Intentó de nuevo. Mover. Nada. Pero se acercó más. Tenía que venir desde lo más profundo. Desde un lugar de verdad, y no solo de creencia, donde también residía la duda.

Avitus llevó su mano hacia un lado, pasándola lentamente sobre el agua. Esto era todo. Se quedó completamente quieto. El mundo obedecería, o no.

Él levantó la mano y ordenó al agua que lo siguiera. No con una palabra, ni con imaginación, sino con una voluntad proveniente de un lugar más profundo de lo que las palabras podían alcanzar.

El agua tembló, apenas, brevemente, y volvió a quedar en calma. Avitus descartó cualquier emoción que pudiera distraerlo. La tarea era lo único que existía. Miró fijamente el agua y la hizo moverse.

El agua se onduló más intensamente. Lo siguió mientras movía su mano en círculos alrededor de la vasija, formando olas que rompían los bordes. Con su mente, tomó un puñado y permitió que se formara naturalmente en una esfera. Luego la llevó a sus labios y bebió en el aire mismo.

Todo el mundo volvió a su lugar cuando su disciplina mental se deshizo. El verde infinito arriba y abajo, el silencio salvo por el goteo del agua. La sensación de su propia ropa sobre su piel. Saltó de alegría y gritó con todo su corazón, su mente invadida de júbilo.

“¡CUCHILLAS, Puedo Mover Cosas con La Mente!” gritó mentalmente. Innumerables pequeñas mentes a su alrededor reaccionaron, primero sorprendidas, luego desconcertadas, y finalmente lo olvidaron por completo. Excepto los árboles, que tuvieron que detenerse por un momento para entender lo que había dicho.

“Perdón,” envió a las más cercanas. “Olvídalo.”

Ellos cumplieron sin responder, retomando sus cálculos. En otra ocasión, podría resultar fascinante ver cómo trabajan juntos con tanta furia, pero Dirt tenía otros asuntos que atender. Avitus nunca había hecho esto. Estaba seguro de eso. Nadie lo había hecho. Quizá ningún humano jamás.

Era tan silencioso, tan solitario, que la exaltación de Dirt casi se veía arruinada por el silencio. No había nadie que mostrara, nadie que contara. Solo el bosque vacío, lleno de árboles demasiado ocupados para prestar atención a la poderosa hazaña que acababa de realizar.

Aunque... eso significaba que sería una sorpresa. Socks no había respondido, por lo que probablemente estaba demasiado lejos para estar observando. Dirt esperaría hasta que volvieran a encontrarse y no diría nada. Movería cosas de manera casual y vería cuánto tardaba Socks en notarlo. Eso sería suficiente.

Sacó su cuchillo y lo levantó de su palma con su mente, haciéndolo girar lentamente a su alrededor. Primero mientras permanecía quieto, luego mientras caminaba lentamente, practicando. La parte más difícil no era pensar en lo que hacía, sino simplemente hacerlo. Si pensaba demasiado, el puñal se volvía resbaladizo y caía al suelo.

Dirt intentó levantar un pilar de piedra cilíndrico, pero era demasiado grande para él. El solo intento le generó tanta presión que estuvo a punto de caer de rodillas. Como no había piedras pequeñas con las que practicar, corrió a la escuela para buscar objetos más pequeños. Elevó la tapa de un cofre con su mente, curioso por la sensación de peso que le producía en las rodillas.

Pero la tapa se cerró de golpe y Dirt se dio cuenta de que necesitaba tomar un descanso por un momento. Le costaba más agarrar cosas, y un cansancio comenzaba a invadir su mente. Ya había sido un día bastante agotador. La mañana estuvo a punto de morir. ¿Por qué seguir empujando?

Bien, ¿qué más podía hacer? Ya había leído lo suficiente por ese día, y los árboles estaban ocupados, entonces, ¿qué más quedaba?

La tierra se encontraba entre montones, cajas y cofres, todos los frascos y cestas de oro, plata y demás objetos conservados. Evitaba las que tenían pequeñas figuritas, no queriendo distraerse con

dioses sufrientes. Usó la manga de su camisa para limpiar la parte frontal de una bandeja de plata y observó la decoración en el borde. Mostraba una escena de caza, pensó, con varios perros persiguiendo a un ciervo. Y una cabeza humana, por alguna razón, con cabello de longitud media que podía ser de un hombre o una mujer.

Resultó que había mucho de eso. Casi todo lo bonito y hecho de plata o oro valía la pena para decorar. Eso fue divertido por un rato; observar a las personas, animales y árboles. Escenas de batallas o calles, baños y comidas, vacas, ovejas y monstruos aterradores. Todo eso, conocía sus nombres, lo cual le sorprendió. Sin goblins ni grifos, ni monstruos tentáculo que se deslizaran saliendo de pozos. Pero había faunos y sátiros bailando en praderas, estriges al revés, centauros con lanzas y arcos, varias clases de gorgonas atormentando y asustando a los hombres.

La tierra casi salió a buscar a Hogare preguntándole si sabía de algún fauno o sátiro. ¿Eran reales? Él y Socks habían visto muchos bosques y nunca habían encontrado ninguno.

Habían visto aves grandes que quizás podrían haber sido estriges, pero probablemente no. ¿De qué más se alimentaban, aparte de bebés humanos? Y en realidad, recordaba algo sobre brujas involucradas, así que tal vez no eran monstruos en realidad. Quizá uno de los pergaminos aclararía esa duda.

'Reinas' era una palabra que nunca le había pasado por la cabeza, pero ahora que lo hacía, Avitus sólo podía considerarla con desdén. Hechicería, no magia verdadera. Fraudes bestiales con unos pocos trucos. Charlatanes y estafadores del mercado. Mujeres sin lavar en harapos que prometían librar a una mujer de su embarazo a cambio de un pago, o hombres delgados que tocaban huesos a los transeúntes, amenazándolos con destinos terribles si no cumplían con las oscuras Fuerzas. Todo por unas monedas, ¿para qué arriesgarse?

Cuanto más lo pensaba, más se le revuelve el estómago. Esposas de ricos políticos trazando maldiciones en placas de plomo, creyendo que estaban causando el éxito de sus maridos. Cien cosas similares más. Hechicería.

Dirt se rió suavemente de sí mismo, encontrando tonto lo molesto que se estaba poniendo. Debía odiarlas mucho, si existía una palabra aparte para la magia que practicaban. Aunque hicieran alguna. Incluso esa vieja ira era una especie de nostalgia. Y si la idea le seguía inquietando tanto después de tanto tiempo, también resultaba gracioso. Avitus sentía tanto orgullo por su disciplina mental y madurez, y aquí estaba, perdiendo la compostura por cantores callejeros. La sonrisa de Dirt permaneció en su rostro un buen rato después.

Encontró un dado tallado en marfil, ahora amarillento y marrón por el paso del tiempo, que podría ser la cosa más pequeña que las dríades se molestaron en desenterrar. Màxim tenía algunos que guardaba con seguridad. Le había dicho a Dirt que no debía saber nada de ellos y que si el duque se enteraba, seguramente tendría problemas. Se usaban para apostar, y Màxim había aprendido sobre esto observando a los soldados que no se daban cuenta de su presencia.

Dirt agitó el dado en la mano y lo lanzó sobre el suelo de piedra. Cuatro. Lo levantó con su mente, lo hizo girar y lo dejó caer mostrando un seis. ¡Qué idea más buena! Pasó un rato practicando cómo lanzar el dado y hacer que cayera en el número que quería. Solo necesitaba un pequeño

impulso con la mente, pero lo difícil era hacerlo con tanta sutileza que no se notara.

Practicaba, luego leía un poco más, revisaba nuevamente el oro y contemplaba las imágenes. Después de un rato, Hogar fue a buscarlo, moviéndose torpemente y diciendo poco. Le dio un poco más de savia, lo animó a beber un poco de agua y luego lo envió de regreso a su villa.

No había nadie, ninguna dríada de pie en el jardín ni en la puerta. Ni siquiera las inertes. La tierra observó las mentes de los árboles cercanos por un momento, sus pensamientos aún completamente absorbidos por su tarea. Me recordó una vez más cuán inmensos eran sus pensamientos y preguntó por qué era tan complicado simplemente suavizar el clima. Aunque, quién sabía qué más podrían estar tramando. Podría preguntarles mañana, si no estaban todavía ocupados. O pasado mañana.

En cuanto Dirt se acostó en su cama de fibras suaves y cerró los ojos, supo que tendría pesadillas. Solo estar en la oscuridad con los ojos cerrados le recordaba volar, y casi podía sentir su cuerpo en movimiento por ello. Las fibras se doblaron a su alrededor casi como lo hacía el aire.

Pero estaba siendo tonto. Estaba cansado. Dirt tranquilizó su mente lo mejor que pudo y se adentró en el sueño.

La noche fue realmente intranquila y tuvo tres sueños distintos de caer, despertando justo cuando tocaba tierra. La primera vez, caminaba junto a Socks a lo largo de un acantilado. La segunda, subía por las escaleras de un árbol y resbaló, cayendo. La tercera, el viento lo volvió a arrebatarse.

Cada vez que despertaba, aseguraba haber sentido el impacto, y mientras calmaba su corazón desbocado, se preguntaba si aleteaba sobre su cama y luego caía en ella. Aunque no parecía muy probable.

En el cuarto sueño, estaba completamente consciente. Sabía que soñaba, pero no despertó. Estaba sobre tierra dura y desnuda, sin nada más que una negrura carente de estrellas en todas las direcciones. Intentó soñar con otra cosa en lugar de eso, pero la pesadilla resistía. Intentó despertar, pero tampoco pudo.

Dirt frunció el ceño hacia la nada. Estaría cansado y de mal humor todo el día siguiente, si así era como estaba durmiendo. ¡Ni siquiera podía soñar correctamente!

Sus ojos se abrieron en la distancia, brillando en rojo y amarillo como un fuego a medianoche. La figura era familiar, y preguntó: “¿Padre? ¿Madre? ¿Es alguno de ustedes?”

Pero no era su padre ni su madre. No era ningún lobo que reconociera. O quizás ni siquiera un lobo, porque sus ojos estaban llenos de infinitos llamas y sus colmillos se asomaban en una negrura flotando sin otras características visibles. Sin contorno de pelaje negro, sin cicatrices, sin garras. Si tuviera cuerpo, estaría en gran parte sumergido en la tierra. La cara monstruosa se deslizó en silencio hacia él, con ojos enfocados e inalterables.

Se acercó y Dirt se volvió para huir, mientras el pavor se convertía en terror. Las llamas en sus ojos arrojaron sombras frente a él mientras corría, que se volvían más nítidas a medida que avanzaba.

La criatura lo alcanzaba. Se acercaba inexorable.

De repente, se encontró frente a ella nuevamente, incapaz de moverse. Sintió el suelo duro como una carretera bajo sus pies, pero sus piernas no obedecían. Miró hacia arriba, a los ojos que llenaban el cielo negro, y a los colmillos que chisporroteaban y siseaban al tocar tierra.

La criatura le habló sin palabras, usando en cambio las imágenes y aromas de los pensamientos de los lobos: — Tienes mi olor en ti —, dijo, y Dirt reconoció el aroma de su padre en el cúmulo de ideas.

— Has encontrado a mis nietos —, incluyendo a Socks y a los demás cachorros vivos. Dirt conocía sus olores.

Los ojos y los colmillos se retiraron lentamente, pero sin dejar de mirarlo. Se abrió una rendija en su hambre, en su necesidad. Ahora tenía su olor, Dirt lo sabía, y lo seguiría. Era su presa, pero no la comida en sí misma.

El sueño estalló violentamente en un destello de luz caótica y se desintegró. Dirt vio innumerables árboles formando en sus formas oníricas un bosque alrededor suyo. Los ojos desaparecieron, y los dientes, y el olor, y el recuerdo. Y soñó que era uno de ellos hasta la mañana.

Revision #1

Created 5 May 2026 06:45:19 by Diana Prince

Updated 5 May 2026 06:45:22 by Diana Prince